

CÉSAR DÁVILA ANDRADE

CUENTOS



ATAÚD DE CARTÓN
LA BATALLA
EL CÓNDOR CIEGO

el fakir

LIBROS IMPRESOS Y DIGITALES



COLECCIÓN
CABEZA DE
GALLO

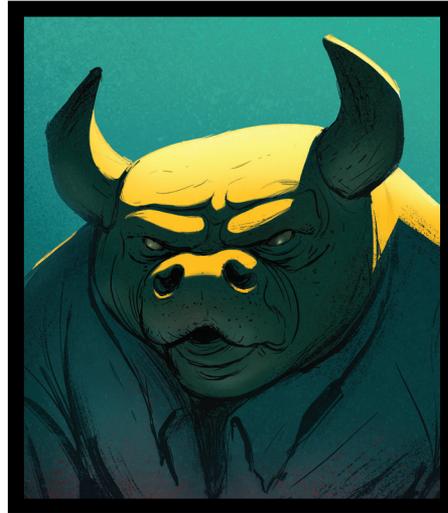


el fakir

LIBROS IMPRESOS Y DIGITALES

©2018





ATAÚD DE CARTÓN

En ese tiempo ya estaban en servicio los teléfonos automáticos. Sin embargo, en aquella barriada adherida a la montaña, subsistía una planta de aparatos de tubo. Eran anticuados, es verdad, pero no inútiles. Cabizbajos, casi estrambóticos, se habían hecho apreciar de las viejas familias.

Los Depósitos de Materiales, en los que obtuve un pequeño empleo nocturno como vigilante, disponían ya de instalaciones modernas. Pero los aparatos de pared no habían sido arrancados aún y, seguramente, iban a permanecer por mucho tiempo en sus sitios, dentro de aquel sitio industrial.

* * *





Si en este momento yo quisiera decir algo de lo que escuché esa noche, a través de un anticuado “fono”, mis palabras lucharían sin éxito. Pero me atrevo a fijar mis recuerdos porque no quiero morir totalmente ni saltar con mi esqueleto en y sobre el agujero brillante de esa noche.

* * *

Recuerdo la hora exacta en que se produjo la llamada. Las once y veinte. Había apagado la linterna sorda, y me hallaba tendido en el banco, bajo el grueso capote.

De pronto, el timbre del viejo teléfono.

Adopté la consabida modulación y pregunté. En vano. Nadie contestó desde el otro extremo del hilo. Solo la oscura trepidación de las infinitas líneas metálicas, untadas por el viento salvaje de la noche. Y nada más. Pero, he aquí que una pequeña voz de mujer comienza a alzarse en la profundidad, como el recuerdo de una nota inasible en la más lejana cuerda de un arpa.

* * *

Una alegría salvaje se apoderaba de mí. Sentí que me ponía rojo en la penumbra. Y mis manos, enfriándose, comenzaron a temblar.

Ahora, silencio.

Luego, la voz de la mujer.

—Alberto, Alberto, ¿eres tú?

—¿María Luisa? —preguntó la voz del hombre.

—La misma.

—¿Qué hay?

—Quiero saber si mañana estás franco.

—¿Mañana? Sí; salgo a las cinco de la tarde y entra el otro guardián.





—Alberto...hice lo que me indicaste (Sollozo). Lo maté esta mañana..., lo ahogue en la cobijas. Ya me faltaba la leche: tengo secos los senos... era una carga para ambos... (Nuevo sollozo).

Quise colgar el fono y salir hacia la frescura de la noche. Pero mi fiebre misma, me inmovilizó. Escuché, entonces, la voz del hombre.

—Me oyes... envuélvelo en unos trapos, y acomódalos en esa caja de cartón que te llevé el martes. Y mañana, a las cinco, espérame en el Parque Antiguo. Lleva la caja... yo me encargo del resto.

Otro breve silencio, uniéndoles. Luego la voz del hombre, ansiosa.

—¡Vienen! ¡Hasta mañana!

(Se oyó el golpe seco del fono).

* * *

Un asombrado silencio me rodeó en la penumbra de la caseta, y escuché el murmullo de mi sangre sobresaltada. En los primeros momentos, dudé de la realidad de aquel diálogo y creí haberlo forjado, vencido por la excitación de las continuas vigili-
as. Afortunadamente había habido una cita en el diálogo y yo podía concurrir a ella.

* * *

Después de mediodía salí de los Depósitos. Tenía asueto toda esa tarde y el día siguiente. Naturalmente, mi primer impulso me condujo al Parque Antiguo. Lo recorrí íntegramente, calculando el lugar en que podría realizarse la cita convenida por los desconocidos. Y supuse que se efectuaría en uno de esos bancos de madera empotrados a la sombra de los pinos.

Después de haber practicado el examen de todos los asientos enclavados en parajes escondidos, me alejé con dirección a la ciudad. Anduve fantaseando mucho tiempo, hasta que, con sorpresa, me vi otra vez, frente a las puertas del añoso parque. Eran las cuatro y media, decidí entrar.





* * *

Había recorrido diez minutos, aproximadamente, cuando descubrí la figura que buscaba. No descansaba en uno de los bancos supuestos por mí, sino sobre una columna de piedra, caída bajo un árbol tupido.

Era una muchacha de unos veinte años. La identifiqué al instante por la caja de cartón que sostenía sobre las rodillas.

Al pasar, la examiné con cierta detención. Tenía el pelo negro y enmarañado, roto a trechos, un mechón agavillado sobre la nuca por una cinta descolorida. El rostro era vulgar, pero le distinguían ahora la palidez y la ansiedad. Una cicatriz gruesa y lívida, le surcaba una ceja.

Cuando crucé frente a ella, alzó los ojos. Eran enormes, pero inexpresivos y opacos.

Habiéndome alejado a conveniente distancia, me interné en un macizo de espadañas y esperé. Cinco minutos después aparecía él.

Era más pequeño que ella, pero muy ancho y fornido. Un rostro de batracio, oscuro, frío y peludo. Parecía estar hecho de sucesivas envolturas musculosas. Algo le entorpecía constantemente y hacía pensar en que la ropa le venía estrecha, por todas partes.

Tomó asiento al lado de ella y mientras le acariciaba una nalga le besó con insospechable delicadeza el lóbulo de la oreja.

Luego, como arrepentido de su ternura, dirigió sus ojos hacia el frente y los desaguó en el vacío. Hasta que recordó algo y extrajo un

